



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A POLONIA

MISA PARA LOS FIELES DE LA DIÓCESIS DE PŁOCK

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Estadio del «Osir»

Viernes 7 de junio de 1991

1. *«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).*

La Iglesia escucha hoy estas palabras, con las que Cristo revela el misterio de su Corazón. «Aprended de mí»: estas palabras significan que él mismo es nuestro Maestro. No sólo mediante todo lo que hacía y decía. Es nuestro Maestro principalmente por lo que era. *Y sobre todo su corazón manifiesta quién es Jesucristo.*

Constituye un misterio inescrutable saber quién era. «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11, 27). Al mismo tiempo dice: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (cf. Jn 14, 9). Y luego: conoce al Padre «aquel al que el Hijo quiera revelarlo» (cf. *ib.*) Así, pues, *la clave de nuestro conocimiento de Dios es Cristo: Hijo de Dios e Hijo del hombre. Y en el centro de este conocimiento, está el Corazón.*

Hoy toda la Iglesia rinde homenaje litúrgico a este Corazón. Me alegra tener esta oportunidad de visitar *Płock*, una de las sedes de los Piast de nuestro país y, a la vez, antiquísima sede episcopal.

Cuanta gente, *hijos e hijas de la Masovia polaca, aprendió aquí de Cristo la verdad divina y humana* en el curso de los siglos, en contacto con el misterio íntimo de su Corazón: en los siglos lejanos, como san Estanislao de Rostkow, y en nuestros tiempos, en este siglo XX, caracterizado por un testimonio particular de los confesores y mártires.

2. «¡Aprended de mí!».

La verdad que principalmente debemos aprender de Cristo es *la verdad del amor*. El Corazón del Redentor nos revela la verdad del amor que «es de Dios» (1 Jn 4, 7). El amor de Dios se manifestó *en el hecho de que el Padre «envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él»* (1 Jn 4, 9). El amor que es de Dios da la vida. «Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios (...), porque Dios [mismo] es Amor» (1 Jn 4, 7-8). «Ha nacido» quiere decir: *tiene la vida de Dios. Vive de la vida de Dios. Y sólo entonces «conoce a Dios»*, porque sólo se conoce el amor mediante el amor. Por esto, «quien no ama no ha conocido a Dios» (1 Jn 4, 8).

Este amor que da la vida viene de Dios y no de nosotros: «*No es que nosotros hayamos amado a Dios, sino (...) que él nos amó»* (1 Jn 4, 10). Así, Dios es el primero. No solo ha comenzado en él toda existencia, sino fundamentalmente todo amor en el mundo de los seres creados todo amor en nuestros corazones humanos; *el amor tiene su fuente en Dios, y este amor eterno se manifestó en el tiempo de modo más pleno, cuando Dios Padre «envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados»* (1 Jn 4, 10).

Para que el amor, que es un don de Dios mismo, pueda llegar a formar parte del corazón humano, hay *que vencer el pecado*. Sólo el amor tiene este poder; éste es, en efecto, el amor redentor que late en el Corazón de Hijo.

El apóstol y evangelista Juan que habla en la liturgia de este día, explica qué debemos aprender de este Hijo, el Redentor del mundo. Debemos creer en «*el amor que Dios nos tiene»* (1 Jn 4, 16). Esta fe no significa solo conocimiento de Dios. Es, al mismo tiempo, una vida nueva: la vida en Dios. San Juan escribió: «*Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»* (1 Jn 4, 16). *La vida en Dios nos permite, en cierto sentido, experimentar que Dios es amor.*

Precisamente esto es lo que debemos aprender del Corazón divino de Cristo-Redentor.

3. El Señor Jesús encuentra una alegría particular al revelar esta verdad profundísima sobre Dios. Dice: «*Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños»* (Mt 11, 25-26).

¿Quiénes son estos «*pequeños*»? ¿No pueden serlo también «*los sabios e inteligentes*»?

Vivimos, en efecto, en una época de progreso científico y de difusión de la instrucción. Por tanto es necesario decir que numerosos sabios y científicos, y algunos más que otras personas, siguen siendo *sensibles a la revelación de Dios que es amor.*

El amor de Dios es llamada y elección por parte de Aquel que nos amó primero. En esto reside también la esencia misma *de la alianza que Dios estableció con el hombre*. Su historia está unida antes con la historia de Israel, como recuerda la primera lectura de la liturgia de hoy. Dios se dio a

conocer a los descendientes de Abraham como Dios de la alianza de modo especial mediante la liberación de los hijos e hijas del pueblo elegido de la esclavitud egipcia. Y se eligió *el pueblo «más pequeño»*, para manifestar que el motivo de la elección no es grandeza humana alguna, sino sólo el amor que les tiene (cf. Dt 7, 8).

La alianza de Dios con el pueblo elegido constituye sólo *la imagen de la elección eterna con la que Dios abraza a toda la humanidad en su Hijo único*. El Corazón del Hijo, el Corazón de Jesús traspasado por la lanza en el Gólgota, es la revelación de esta elección universal y de igual modo, de la alianza nueva y eterna. En el Corazón de Cristo se revela Dios como amor, se revela fiel en el amor, a pesar del pecado del hombre, a pesar de todos los pecados y todas las infidelidades de que está llena la historia de la humanidad.

«Es el Dios (...), *el Dios fiel que guarda la alianza y el amor*» (Dt 7, 9). El Corazón humano del Dios-hombre testimonia de modo más pleno e irrevocable este amor de Dios, que es fiel.

4. Hoy en Plock, en esta estación de mi peregrinación a través de la tierra patria, debo abordar el último de entre los mandamientos del Decálogo. Y es bueno poder hacerlo en el ámbito de la fiesta litúrgica del Corazón de Cristo.

En el mandamiento *«no codiciar los bienes ajenos»* —como en el anterior— tocamos, en efecto, la interioridad del hombre. La «codicia» no es un acto externo. La «codicia» *es algo de lo que vive el corazón humano*. Dios, en la alianza con Moisés en el Sinaí, dice: «No codiciarás los bienes ajenos». Aquí se trata directamente de completar lo que está contenido en el séptimo mandamiento, «no hurtar»; se trata de algo que es propiedad de otros. El mandamiento del Decálogo se refiere directamente a esto.

Pero, al mismo tiempo, este mandamiento *indica una jerarquía de valores en la que las «cosas»*, es decir, *los bienes materiales ocupan el lugar superior*. La codicia de las «cosas» domina hasta tal punto el corazón del hombre que, en cierto sentido, ya no queda espacio en él para los bienes más altos, los espirituales. El hombre se transforma, de algún modo, en esclavo de la posesión y del gozo, sin considerar siquiera su propia dignidad, el prójimo, el bien de la sociedad o Dios mismo.

Esta es una codicia falaz. Cristo dice: *«¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?»* (Mt 16, 26).

En un momento en que los polacos emprenden su reforma económica, el mandamiento «no codiciar los bienes ajenos» adquiere un significado particular. Se comprende por sí mismo que en nuestras diversas acciones y esfuerzos nos guían motivaciones económicas. Una economía que se desarrolla correctamente conduce al enriquecimiento de los individuos y a un aumento general del bienestar de la sociedad. De este modo se puede eliminar mucha pobreza, incluso en la

dimensión social.

Al mismo tiempo, sin embargo, no olvidemos, queridos hermanos y hermanas, que el dinero, la riqueza y las diversas comodidades de este mundo pasan y que, por consiguiente, no pueden ser nuestro fin último. La persona humana es más importante que las cosas, y el alma es más importante que el cuerpo; por eso, a nadie le *es lícito tender a los bienes materiales violando la ley moral* o los derechos de otro hombre. Por eso, os deseo de corazón que ninguno de vosotros intente enriquecerse a costa de su prójimo. Os deseo asimismo, mis amados compatriotas, que en vuestras aspiraciones a mejorar la existencia material no perdáis el sentido de la solidaridad humana frente a la pobreza de los demás. También estemos muy atentos, queridos hermanos y hermanas; a no convertimos en una sociedad en la que todos envidien algo a los demás. Devolvamos, queridos hermanos y hermanas, el esplendor a nuestra hermosa palabra *honradez: la honradez que es expresión de la armonía del corazón*, honradez en las palabras y en los actos, honradez en la familia y las relaciones entre los vecinos, en la fábrica y el ministerio, en el artesanado y el comercio, sencillamente honradez en la vida. Es fuente de confianza recíproca y, en consecuencia, también fuente de paz social y desarrollo auténtico. Que en las nuevas condiciones, esta palabra adquiera un significado nuevo.

No alcanzaremos la felicidad y tampoco la simple estabilidad sin tener en cuenta la ley de Dios. Por este motivo, con todo el corazón confiamos en Dios, cuyos mandamientos son justos y su observancia da al hombre, ya en esta tierra, seguridad, alegría y paz.

Muchas veces, incluso durante esta peregrinación por Polonia, he oído pronunciar las palabras «es difícil la libertad que tenemos». La libertad es difícil. Es difícil, hay que aprenderla, hay que aprender a ser verdaderamente libres, hay que aprender a ser libres de modo tal que nuestra libertad no se transforme en nuestra esclavitud, nuestra prisión interior; que no llegue a ser motivo para limitar la libertad de los demás. Este hecho influye mucho en la esfera de la economía mundial. Por otra parte, es necesario aprender a ser libre en las diferentes dimensiones de la vida. Me parece, pues, que estas catequesis ligadas al Decálogo son probablemente el mejor servicio que el Papa peregrino puede prestar a sus propios, compatriotas durante esta peregrinación.

Nos queda ahora el mandamiento más importante, el mandamiento del amor. Pero lo dejamos para Varsovia.

5. «Aprended de mí" ...

Aprended toda la verdad contenida en cada uno de los mandamientos del Decálogo. Aprended la verdad del décimo mandamiento. *La codicia de las cosas es la raíz del egoísmo e, incluso, de la envidia y del odio recíproco.*

En los últimos años han abundado las manifestaciones nobles y sublimes en la vida polaca. Pero han descubierto también fallas peligrosas, y también peligros morales. *¿Será éste un proceso irreversible?*

Mis queridos hermanos, soy optimista. Más de una vez los polacos han demostrado que saben ser libres. Han sabido transformar su amor por la libertad en creatividad, alianza y solidaridad. También han sabido transformar su amor por la libertad en sacrificio. ¿No es vuestra la frase: «Por vuestra libertad y la nuestra»? Desde luego, no podemos olvidar que la historia nos ha dado una lección terrible y dolorosa sobre el abuso de la libertad hasta la locura. ¡Hasta la locura! ¿Qué fue Targowica sino esto, en el contexto de la Constitución del 3 de mayo? Pero luego comenzó de nuevo el proceso de reconquista de la libertad, por el que se pagó un precio verdaderamente alto. Este precio lo pagaron generaciones enteras. Lo pagó en gran medida la generación de la segunda guerra mundial. Por eso, permitidme ser optimista. Permitídmelo, y ayudad al Papa a que no se preocupe.

Cristo dice: «Aprended de mí».

Y su discípulo amado agrega: «Queridos, amémonos unos a otros (...), si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4,7. 11).

Y también Cristo mismo dice: «*Venid a mí* todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os *daré descanso*. Tomad sobre vosotros mi yugo (...) y hallaréis consuelo para vuestras almas (...). Porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (cf. Mt 11, 28-30). Amén.